

AQUEL VECINO DEL TRECE

(cuento)

Ernesto se encontraba de tarde en tarde con su siempre elegantemente vestido y siempre sonriente vecino del trece. Las escasas y cortas charlas que mantenía con él tenían lugar, casi siempre, en el garaje o en el ascensor. El estado del tiempo, los avatares de la comunidad de vecinos, el mantenimiento de los coches, la limpieza y vigilancia del garaje... constituían, por lo general, los temas a tratar durante sus ocasionales encuentros. Que recordara Ernesto, solamente en una ocasión se salieron de la pauta que marcaba sus conversaciones. Fue aquella mañana en que su vecino, empleando más tiempo del habitual, le habló de la enfermedad que le aquejaba desde hacía tiempo.

Que no le preguntasen a Ernesto por el nombre o la profesión de su vecino del trece, porque no sabía qué responder. "Apenas sé nada de este señor", se dijo más de una vez Ernesto. Ahora mismo, con certeza, únicamente sabía que su vecino se quejaba de fuertes dolores en el cuello, y que era el dueño del "Mercedes" que ocupaba la plaza veinte del garaje, la más cercana a la de su coche. Sin embargo, sin que nadie se lo hubiese insinuado, Ernesto se atrevería a afirmar que su vecino estaba casado. ¿Quién iba a ser, sino su mujer, aquella señora elegante, algo mayor ya, que a veces le acompañaba? Igualmente aseguraría, sin temor a equivocarse, que su vecino tenía al menos una hija, porque ¿cómo se le parecía aquella joven que había visto alguna que otra vez en el ascensor!

Eran las dos de la tarde de un caluroso día de septiembre, cuando Ernesto y su vecino del trece se encontraron en el garaje del edificio, ante el ascensor.

—¡Buenas tardes! - saludó Ernesto

—¡Buenas...! ¿Le marco el once?

—Sí, por favor - contestó Ernesto, al tiempo que asentía con la cabeza.

Permanecieron callados durante unos segundos, como si los hubiese adormecido el suave ronroneo del ascensor. Ernesto, al advertir que su vecino ya no llevaba el collar ortopédico que, hacía muy poco tiempo, le habían prescrito, se decidió a romper el silencio:

—¿Ya está usted mejor, verdad?

—Si me lo pregunta porque ya no llevo el dichoso alzacuellos ese, se equivoca. Estar..., estoy mal, como siempre. Esto mío de las cervicales no parece tener solución alguna. Además ya a mi edad..., ¿qué puedo pedirle a la vida?

El ascensor acababa de pararse en el piso once. Ernesto abrió la puerta y se despió de su siempre elegantemente vestido y siempre sonriente vecino del trece.

—¡Que se mejore usted! ¡Adiós!

A la entrada del edificio la voz chillona y nerviosa de María, la mujer del portero, dominaba el corro de vecinos, aumentado por algún que otro curioso que a media mañana deambulaba por aquella acera de la Avenida Mesa Y López:

—¡Se mató don Julián! ¡Ya ven ustedes, siempre con la sonrisa en los labios... y va y se pega un tiro. ¡Algo gordo debía de tener el pobre! ¿cómo dice? en la azotea..., lo encontraron en la azotea. Sí, como les digo..., se pegó un tiro en la mismita cabeza ¡Qué desgracia, oiga...!. Algunos satisfechos su curiosidad, abandonaban indiferentes el portal del

edificio. "¿Quién iba a pensar que don Julián... La vida es así... No parecía tener motivos para lo que hizo, pero ya ve...", eran las frases vacías, circunstanciales, surgidas del cada vez más pequeño grupo que seguía escuchando, con cierta tolerancia, la inabarcable palabrería de la mujer del portero:

—¿Qué quién descubrió el cadáver?. Mi marido..., el primero que lo vio fue mi marido. ¡Y qué escena, usted, qué escena!. El pobre estaba tumbado boca arriba sobre su propia sangre. No, verlo, yo no lo vi, me lo contó mi marido. ¿La pistola?. Junto al charquero de sangre, ¿dónde iba a estar, si fue él mismo el que se pegó el tiro?...

o

A la una de la tarde María aún permanecía en el portal, obsesionada por transmitir la versión de lo sucedido, la verdadera, por supuesto, a todo ser viviente que pasase ante sus ojos:

—¡Espere, don Ernesto, espere...! ¿Es que no se ha enterado de lo que ha pasado aquí?.

—No, doña María, no sé nada... ¿Qué es lo que ha sucedido aquí? - contestó Ernesto deteniendo sus pasos, camino del ascensor.

—No se lo puede ni imaginar, don Ernesto, no se lo puede ni imaginar... Mire, ¡se ha suicidado un vecino nuestro! ¡Así, como lo oye!

—¿Un vecino nuestro? ¿Acaso lo conozco yo? - requirió Ernesto con ansiedad.

—¡Claro que lo conoce usted! ¡Si sabré yo que lo conoce!... ¡Mire, se trata de don Julián..., don Julián Sánchez!... ¿Aún no sabe quién es? Pero si aparcaba su "Mercedes" al ladito mismo del coche de usted...

—¿Entonces, me está hablando de ese señor, bien vestido siempre, que siempre sonríe y que vive en el trece? - interrogó Ernesto, entrecortadamente.

—Sí, don Ernesto, le estoy hablando del mismito. ¡Qué desgracia! ¿Verdad?.

Y María continuó relatándole a Ernesto, como si de una lección aprendida se tratase, todo lo que sabía del suicidio de don Julián Sánchez, aquel vecino del trece.

o

Ya en el ascensor, Ernesto pulsó el once. ¡Qué asco de vida! Si ayer mismo estaba aquí, a mi lado, con la sonrisa en los labios, como siempre. Y precisamente ahora, que está muerto, sé como se llama... ¡Qué cosas tiene la vida! ¿Para qué carajo me vale ahora el saber su nombre y apellido? ¡Julián Sánchez! ¿Para qué ahora? ¡¡Julián Sánchez!! En estas colmenas humanas sólo se vive de puertas adentro. Cada uno va a lo suyo, y nadie conoce

a nadie. Uno sabe el nombre de la mujer del portero o del portero porque les pueden ser útiles en determinados momentos. Pero, ¿por qué carajo se habrá suicidado? Sus dolores de cuello..., ¿por eso se pegó un tiro?.

Ernesto abrió la puerta del ascensor y se dirigió hacia su vivienda. ¡Siempre sonriente!. Estoy seguro que su sonrisa era sólo de dientes afuera, pura fachada... Si no, ¿por qué carajo iba a quitarse la vida?... Lo que le pasaba es que estaba aburrido, eso es, estaba aburrido... A su edad, ¿qué podía pedirle a la vida? Algo así me dijo ayer mismo en el ascensor...

Ernesto entró en su vivienda, encendió un cigarro y se sentó en la mecedora del balcón. Vivir..., daba la impresión de que lo hacía con cierto desahogo. ¿Problemas familiares? ¿Qué más da ahora! Lo cierto es que se pegó un tiro, y ya está. Su cadáver lo encontraron esta mañana pero, como dice doña María, es casi seguro que se mató durante la noche...

Ahora, recostado en la mecedora, Ernesto dejó que volase su imaginación. Veía a don Julián abandonando sigiloso su lecho, subiendo de puntillas los escasos peldaños que separaban su vivienda de la azotea... "¿Para qué seguir figurándose lo sucedido?", se dijo Ernesto, queriendo cortar así las alas a su imaginación. Sin embargo, le era difícil eludir la imagen del cuerpo sin vida de su vecino. Sí, allí, en el frío suelo de la azotea, tumbado sobre su propia sangre, estaba su vecino del trece, y no en pijama y bata, como le había contado doña María, sino elegantemente vestido y con la corbata ligeramente ladeada. Y ¿por qué no?, sonriéndole ahora abiertamente a la muerte.

o

Serían las cuatro menos cuarto de la tarde, cuando Ernesto salió de su vivienda, camino de su trabajo. A estas horas..., seguro que ya le habrán hecho la autopsia, y ¿para qué?... ¡Para confirmar que se mató él mismo!... No, no iré al entierro, no me apetece ir..., ¿para qué carajo voy a ir?...

Entró en el ascensor y pulsó el botón del garaje. Pugnaba por borrar de su cabeza el insistente recuerdo de don Julián, al que se lo imaginaba allí, a su lado, hablándole machaconamente: "Hoy sí que hace un buen día... El asunto de los balcones se va a tocar en la próxima reunión de la comunidad... ¿Sabe?, a mi coche lo que le fallaba era la batería... Pues sí, hombre, el guardián del garaje pide ahora que le aumenten el sueldo... Mire, estar..., estoy mal, como siempre..."

Ernesto llegó al garaje. Junto a su coche se encontraba el "Mercedes" de su ahora difunto vecino del trece. "Estoy retocando este cacharro", le había dicho don Julián una tarde, refiriéndose a su querido automóvil. "Pero ahora estaba muerto, ¿no?, a punto de ser enterrado, entonces..., ¡para qué darle ya más vueltas...!, se dijo Ernesto, convencido de no volver a ocupar su pensamiento con el recuerdo de don Julián Sánchez.

Al dejar atrás "Galerías Preciados", Ernesto accionó el encendedor de su coche, y cuando enfiló la Avenida Marítima, ya saboreaba con avidez el recién encendido cigarro. "¡Qué tarde tan hermosa!", pensó.